

*Traducción de Antonio Paneque.*

## **JESUS HEBREO (por parte de madre)**

### **Lo mejor y lo peor**

La Biblia contiene la Palabra de Dios. Fue escrita, sin embargo, por hombres que estaban inmersos en una cultura machista y misógena, circunstancias éstas que no podían dejar de condicionar su obra. Víctimas de este transfondo cultural fueron las mujeres, que en las páginas bíblicas son consideradas responsables de todas las fechorías de la humanidad así como de las consecuencias negativas que se derivan de las mismas (*"Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos"* Eclo 25,24).

En suma, no causa estupor aprehender que el nacimiento de una cría era considerado una desgracia (*"El mundo no puede existir sin varones y sin hembras, pero ¡feliz aquél cuyos hijos son varones y ay de aquél cuyas hijas son hembras!"* Baba batra, B.16b). Si para un padre una hija era *"una inquietud secreta, la preocupación por ella aleja el sueño"* (Eclo 42,9), para la madre era un auténtico calvario, porque el nacimiento de una niña la sumía en un estado de impureza que se prolongaba durante ochenta días (cuarenta días en el caso de un niño, Lv 12,2-5).

A las mujeres se les atribuía la responsabilidad no sólo del pecado de Adán y de la muerte que había entrado en el mundo, también se achacaba a ellas la misma generación de los demonios. Incluso los primeros cristianos estaban convencidos de ello: *"Los ángeles transgredieron la orden divina y descendieron para acoplarse con las mujeres, de las que tuvieron hijos. Estos son llamados demonios"* (Justino, *II Apología*, 5). Y Agustín, el gran Padre de la Iglesia, se lamenta de que *"una vez más encontramos a la mujer en el origen de este mal"* (*Ciudad de Dios*, XV, 22).

Los rabinos marginaban a las mujeres y restringían su acceso a la vida civil y religiosa (*"sean destruídas por el fuego las palabras de la Torah antes que enseñarlas a las mujeres"*, Sota B. 19a), apelando para ello al comportamiento del Dios de Israel. Mientras que Yahve había dirigido su palabra a todo tipo de hombres, santos y bribones indistintamente, la única vez que se dirigió a una mujer lo hizo para darle una reprimenda. En el libro del Génesis se lee, efectivamente, que Sara, la mujer de Abraham, habiendo oído que el Señor anunciaba a su marido que iban a tener un hijo, *"rió para sus adentros"* porque tanto ella como Abraham *"eran viejos, entrados en años, y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres"*. Entonces Yahve, resentido, interroga a Abraham sobre el motivo de la risa de su mujer. Sara, atemorizada, responde *"no me he reído"*, ganándose el reproche del Señor: *"No digas eso, que sí te has reído"* (Gen 18,10-15). No obstante, y a pesar de este trato severo, a los píos rabinos no les entraba en la cabeza que el Dios altísimo hubiese podido hablar con una mujer ni tan siquiera una sola vez y aunque fuera para reprocharle su conducta. En su desazón, habían encontrado la siguiente justificación: *"El Santo, bendito sea, no habló con ninguna mujer más que con la justa, y también en esa ocasión lo hizo por un motivo justificado"* (Beresit Rabba XX, 6). A partir de este episodio, dado que se trataba de embusteras incorregibles, se encontró la excusa para prohibir a

las mujeres testimoniar en los juicios (Shebu'ot M. 4,1). Sea como sea, a partir de entonces el susceptible Yahve no habló ya más con ninguna mujer

### **La mujer de Jesús**

En un mundo donde se enseñaba que *“el hombre tiene la obligación de ofrecer tres bendiciones al día: porque me has hecho hebreo, porque no me has hecho mujer, porque no me has hecho un hombre vulgar”* (Berakot Y 13b), resalta con más nitidez la novedad traída por Jesús, para quien no existe ninguna diferencia entre hombre y mujer (Gal 3,28), y a todos dirige el mensaje de amor incondicionado y gratuito del Padre. En una cultura social y religiosa en la que enseñaba que *“el discípulo de los sabios no debe hablar con las mujeres por la calle”* (Ber. B., 43b), y ni siquiera existía el término “discípula”, debió suscitar gran asombro el hecho de que Jesús fuera seguido por un grupo de mujeres que acompañaban a los discípulos (Mt 27,55-56; Mc 15,40-41; Lc 8,2).

A los lamentos de Cohelet, que denunciaba *“Un hombre entre mil sí que lo hallo; pero mujer entre todas ellas, no la encuentro”* (Qo 7,28), la respuesta de Cristo es apabullante. El no solo ha encontrado a la mujer, es más, ha querido que fuese conocida por doquier.

De todas las acciones llevadas a cabo por Jesús, entre todos los muchos prodigios narrados en los evangelios, desde las curaciones hasta las resurrecciones de los muertos, la única acción que pide expresamente que sea predicada en todo el mundo es la que una mujer anónima hizo por él: *“Yo os aseguro, dondequiera que se proclame esta Buena Nueva, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho, para memoria suya”* (Mt 26,13; Mc14,9). ¿Qué ha hecho de extraordinario esta mujer?. Jesús ha anunciado sin medias tintas a sus discípulos que dentro de dos días *“va a ser entregado para ser crucificado”* (Mt 26,2), porque es consciente de que el Sinedrio ya ha decidido apoderarse de él *“con engaño y darle muerte”* (Mt 26,4). Ante esta noticia, el evangelista presenta la reacción de la comunidad en sus distintas manifestaciones: la adhesión incondicional por parte de la mujer, la incomprensión de los discípulos, y la traición de Judas Iscariote. En otras palabras, lo mejor y lo peor del grupo de seguidores del Señor.

Jesús y su grupo, buscados por el Sinedrio para ser eliminados, se ven obligados ahora a moverse clandestinamente, y hallan refugio en un lugar seguro, en Betania, en las afueras de Jerusalén, en casa de Simón, un leproso, seguros de que los meticulosos fariseos no los iban a buscar en un lugar considerado un recinto malsano colmado de todo tipo de impureza (Num 5,2-3). Jesús y los suyos, que no tienen escrúpulos religiosos ligados a la categoría de la pureza (Mt 15,11), comparten incluso la comida en casa del leproso. Y precisamente cuando están sentados a la mesa, una mujer cumple un gesto de alto valor simbólico hacia Cristo: *“Se acercó a él una mujer que traía un frasco de alabastro, con perfume muy caro, y lo derramó sobre su cabeza”* (Mt 26,7). La unción de la cabeza -descrita por el salmista como acción divina: *“unges con óleo mi cabeza”*, Sal 23,5; Lc 4,18)- formaba parte de la ceremonia con la cual los profetas y los sacerdotes consagraban al rey de Israel como *“Ungido del Señor”*, título real por excelencia (1 Re 1,34.45; 2 Re 9,1-3; 1 Sam 10,1). En la comunidad de Jesús la función profética sacerdotal de la unción la desempeña una mujer: es ella quien derrama el perfume sobre la cabeza del Señor. El *“Ungido del Señor”* ha sido ungido por una mujer.

### **Escena nupcial**

Derramando su perfume, la mujer reconoce a Jesús como rey, un rey cuya realeza será revelada en la cruz: *“Este es Jesús, el rey de los Judíos”* (Mt 27,37). El personaje femenino es aquí figura de quien acepta como rey al Cristo crucificado y responde con el don de sí al amor que Jesús manifestará con su muerte. Además, del perfume -que en el Cantar de los Cantares aparece como signo de amor de la esposa hacia el rey, su esposo (Ct 1,12; 4,10)- se dice que era precioso, *“muy caro”*, signo del gran amor demostrado por la mujer. El evangelista, en realidad, acaba de presentar una escena nupcial, en la cual Jesús, que Mateo define como esposo (Mt 9,15, 25,1) como lo era el Señor para Israel (Is 54,5; Os 2,18), recibe el amor de la mujer, figura representativa de la comunidad, *“esposa”* de Cristo (el término griego *ghynè*, *“mujer”* significa también esposa, Mt 22,28; 27,19; Ap 19,7).

Sin embargo, la posición de la mujer es minoritaria en la comunidad, como demuestran las quejas de los discípulos, que no comprenden su gesto (*“Al ver esto los discípulos se indignaron y dijeron : ¿ A qué viene este despilfarro?”* Mt 26,8). Mientras la mujer expresa su adhesión a Cristo y a su destino, los discípulos no comprenden y no aceptan la muerte de Jesús. Para ellos, también la muerte supone un desenlace inútil, un fracaso total (Mt 16,22). En el Gólgota, si bien desde la distancia, se hallan presentes *“muchas mujeres”* (Mt 27,55), pero ni siquiera ha quedado un solo hombre (*“Entonces los discípulos le abandonaron todos y huyeron”* Mt 26,56). Jesús interpreta el gesto de la mujer como la unción en vistas a su sepultura: con su perfume, signo de amor y de vida, la mujer pretende anular el hedor de la muerte, demostrando tener fe en la resurrección que Cristo ha anunciado hasta tres veces (Mt 16,21; 17,22; 20,18). Es ésta la *“buena noticia”* que Jesús desea sea anunciada en todo el mundo: la victoria de la vida sobre la muerte. Pero no serán los discípulos quienes lo hagan, sino las mujeres: ellas anunciarán a la comunidad la buena noticia de Cristo resucitado (Mt 28,8-10).

Ante el anuncio de la muerte de Jesús, la comunidad se ha dividido entre adhesión e incompreensión, pero hay también quien se propone aprovechar las aguas revueltas para sacar tajada: *“Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue donde los sumos sacerdotes, y les dijo:¿ qué queréis darme y yo os lo entregaré?”* (Mt 26,14-15). A pesar de haber sido llamado por Jesús para seguirlo (Mt 10,4) en Judas la Palabra ha caído *“entre abrojos”*, imagen de la *“seducción de la riqueza que ahoga la Palabra”* (Mt 13,7.22). Frente a la elección del dios al que pertenecer, Judas sin dudarlo ha optado por *mammona* (Mt 6,24). Visto que las autoridades ya han decidido eliminar a Cristo y que Jesús no parece tener intención de escapar ni menos aun de reaccionar, Judas decide no sólo ponerse a salvo, sino también obtener algún beneficio económico, entregando a Cristo en manos de sus enemigos. Judas no ha acogido la bienaventuranza de la pobreza (Mt 5,3) y queda atrapado en la maldición de *“la codicia, que es una idolatría”* (Col 3,5) , que lo lleva a la perdición: *“Maldito quien acepte soborno para quitar la vida a un inocente”* (Dt 27,25). El desprecio de los sumos sacerdotes hacia Jesús es puesto de relieve por la suma irrisoria con que ponen precio a su persona. En vez de cincuenta monedas de plata -como estaba valorada la vida de un varón (Lv 27,3)- ofrecen a Judas apenas treinta, el mismo valor que se atribuía a la vida de la mujer (Lv 27,4) o a la del esclavo (Ex 21,32).

*“El amigo fiel no tiene precio, no hay peso que mida su valor”* (Eclo 6,15), enseña la sabiduría popular, pero Judas se ha conformado con poco. No ha hecho un gran negocio el Iscariote. La mujer no ha dudado a la hora de perder su perfume *“muy caro”* para mostrar su adhesión a Jesús. Judas, al contrario, ha perdido a Jesús para ganar una cantidad exigua de dinero. Las opciones ya han sido realizadas. Mientras que Cristo, Hijo del hombre, se encamina hacia la plenitud de la condición humana a través del don de sí,

Judas, aborto de hombre, se precipita en la muerte. Estaba llamado a alcanzar la plenitud en su vida, pero ha renunciado al empeño, por eso "*imás le valdría no haber nacido!*" (Mt 26,24).